118597_aura_gris:SM 14/1/09 12:30 Página 3

EL BARCO DE VAPOR

Tengo el aura un poco gris

Paloma Bordons

1

Por entonces las cosas nunca ocurrían como yo imaginaba. Y menos mal, porque yo tengo una imaginación catastrófica.

Por eso, por mi imaginación catastrófica, no me gustaba nada cuando llegábamos a ese tramo de curvas que hay yendo al pueblo de los abuelos. Mi madre tomaba la primera curva, siempre más rápido de lo que decía la señal, y ya estaba yo pensando en la catástrofe. El coche se saldría de la carretera y rodaría por el terraplén dando vueltas de campana. ¿Qué se sentiría al dar vueltas de campana? A lo mejor ya no sentía nada, porque estaría desmayado. O muerto. ¿Dolería morirse? Claro que sería mucho peor no morirme y que se muriera mi madre. Que estuviera a mi lado desangrándose y yo no pudiera hacer nada por ayudarla...

–¿Puedo poner *La Bamba*? –pregunté.

–¿Otra vez? –mi madre hizo como que se tiraba de los pelos–. ¡La hemos oído ya veinte veces!

Veinte no, dos. Dos eran las veces que yo había tenido ideas catastróficas en ese viaje, y siempre las espantaba escuchando *La Bamba*. No es que me gustara la canción –ahora la odio–, pero es tan alegre y pegadiza que me parecía que protegía contra los accidentes. Era imposible que ocurriera algo malo mientras sonaba *La Bamba*. Tan imposible como que Tinky Winkie se muriera en un episodio de los *Teletubbies*. Así que fui pasando las canciones de nuestra cinta «Especial viajes» (el nuestro debe de ser el único coche de España que todavía no tiene lector de CD), hasta que sonó:

Para bailar la Bamba,
para bailar la Bamba se necesita
una poca de gracia...

Bien. Superamos con *La Bamba* el trozo de curvas y, para cuando empezó a sonar Queen, estábamos en la recta larga. Menos mal, porque mi madre se pone un pelín eufórica cuando escucha *We are the champions*, y pisa a fondo el acelerador.

Paramos en la gasolinera en pleno estribillo. Mi madre quitó las llaves del contacto. Odio cuando una canción se interrumpe a la mitad. Me disgusta tanto que me duele, con un dolor parecido al que da quitarse un pelo de la nariz con unas pinzas (¿lo has probado?). Por eso, aun cuando estoy escuchando una

canción que no me gusta, me espero hasta el final y, si tengo mucha mucha prisa o la canción es horrible, la apago cuando hay una pausa (cuando el cantante se para a tomar aire, o se callan un instante los violines, o cosas así). Mi madre dice que soy un maniático. Supongo que tiene razón.

–¿Qué pasa, Manolo? –saludó mi madre al de la gasolinera–. Llénamelo, anda.

El dependiente la miró un poco extrañado, con la manguera en la mano.

–Me debe de confundir con otro. Yo no me llamo Manolo.

–Ah, vaya, pues deberías. Tienes cara de llamarte Manolo... –mi madre empezó a hurgar en el bolso, pero enseguida cambió de idea y me lo tiró, toda impaciente–. Paga tú, Gen, que yo me estoy meando.

Salió escopetada hacia los servicios, mientras el gasolinero la seguía con una miradita desaprobadora, meneando la cabeza. A mi madre le lanzan muchas veces miraditas de esas, pero ella parece no enterarse. Yo sí me entero. La miradita del gasolinero decía que no le hacía gracia que le llamaran Manolo sin serlo, que no le gustaba que le tuteara alguien a quien él hablaba de usted, que no le parecía bien que mi madre dijera «me estoy meando» y dejara a un chico a cargo del dinero... Y no me extrañaría que la mirada tuviera también que ver con la falda, los collares y el nuevo pelo rojo de mi madre.

–¡Qué manía tienes de llamar Manolo a la gente! –gruñí yo cuando nos pusimos de nuevo en marcha.

«... *no time for losers*...», sonó otra vez la cinta: «No hay tiempo para los perdedores». Otra vez me dio rabia. Cuando las canciones comienzan a medias es como arrancarse otro pelo. Bajé el volumen.

–Solo llamo Manolo a los que tienen pinta de llamarse Manolo.

El Manolo que no era Manolo estaba parado junto al surtidor y nos miraba meneando otra vez la cabeza.

–Y podías decir «voy al servicio», como todo el mundo.

–¿De qué hablas? –preguntó mi madre.

–A ese le ha chocado que dijeras que te estabas meando.

–Es su problema. A las cosas yo las llamo por su nombre. Al pan, pan, y al vino, vino. Ya sabes que no me gustan las ñoñerías.

Al pan, pan, y al vino, vino. Ese es uno de los lemas de mi madre (mi madre tiene bastantes lemas, ya te irás dando cuenta). Por eso yo nunca, ni aun de bebé, he hecho *pipí* o he tenido *pompis*, ni siquiera *culito*. Desde que recuerdo he meado y he tenido culo y otras cosas que un niño o una señora bien educada no deben mencionar en público. A veces pienso que se pasa un pelo, y que le gusta escandalizar a cierta gente. Yo no soy así. No me resbala como a ella que la

gente me lance miraditas de esas y menee la cabeza. Por eso hace tiempo que aprendí qué palabras usar en cada situación, y ahora es raro que meta la pata.

–¿Tienes ganas de ver a los abuelos? –preguntó mi madre.

–Supongo...

–¿Te molesta que te deje con ellos?

–No.

Ahí me salté otro de los lemas de mi madre, ese que dice: «La verdad por delante, aunque espante». A lo mejor se dio cuenta de que no estaba siendo del todo sincero porque, después de estar callada un par de kilómetros, empezó a balbucear:

–A mí me gustaría mucho que pasáramos estos días juntos, Gen, pero de vez en cuando necesito mi espacio... Estar con otra gente, respirar otro aire... ¿Lo entiendes? Además, siempre he querido conocer Lisboa y el billete estaba tirado de precio.

También mi madre desobedece sus propios lemas de vez en cuando. Ahora no estaba mintiendo exactamente, pero desde luego no estaba llamando a las cosas por su nombre. Llamando al pan, pan, y al vino, vino, debería decir que estaba hasta los pelos de pasar toda la vida atada a un chaval de trece años.